FERNANDO DELGADO

LA MÁSCARA DE ZACK MORRIS



Áurea Ediciones

©La máscara de Zack Morris
Sello: Tannhäuser
Primera edición: Abril 2023
©Fernando Delgado
Edición general: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Juan ¨Nitrox¨ Márquez
Corrección de textos: Aldo Berríos
Diagramación: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN: 978-956-6183-32-7
Registro de Propiedad Intelectual Nº: 2022-A-795



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Interrumpimos nuestra programación habitual

Tembló hace unos segundos, fue como un pencazo seco, se sintió bien encima, peligrosamente cerca. A lo lejos se escucha un zumbido de bocinazos. ¿Qué será? Salí al hall a orearme un poco, tengo que volver al estudio y pienso. Salir al aire, ahora. Leer esta bomba y pretender decirlo con calma. ¿Cómo se logra eso? ¿De dónde se saca la calma en un momento de delirio como este? Nadie aquí entiende lo que está pasando. Todos corren desencajados y casi a empujones por el entreset. No, no hay forma de sentarse a dictar esto como si uno fuera un imbécil, un alienado. Mejor le piden el favor a algún actor que ande dando vueltas por el área dramática, de seguro le saldría mejor la dosis de show. De repente, sería mejor esperar a tener confirmaciones oficiales desde La Moneda o la Onemi, no es llegar y lanzar un macanazo como este sin generar una psicosis colectiva. Andan diciendo que en algunas provincias también está pasando lo mismo. Gente fuera de sí, enajenada, asesinando a quien se cruce por su camino. No, espérate. ¿Y si estos fueran los últimos vestigios de la Guerra Fría? Tal vez por ahí tiene más sentido toda esta locura. ¿Y si es un plan en ejecución de los rusos? O no sé si en ejecución, no creo que sean tan perversos esos tipos. Además, ahora están disfrutando de los beneficios de la apertura económica y global post Perestroika. Deberían estar en otra parada, disfrutando del consumo y de las libertades civiles, y no pensando en cómo hacer mierda a este pobre país colgando en forma de pasillo en el mapamundi.

Ahora aparece esta pobre ave que ni me sé su nombre, un estudiante en práctica que no para de temblar y que casi me chorrea encima el espreso que pedí… Le digo que esté tranquilo, este canal es como un

búnker y nada malo nos puede pasar. Le miento, desvergonzadamente. Ni yo sé que tan seguros estamos parapetados acá. Se va chocando contra una asistente de producción al borde de una crisis de histeria, me tomo un sorbo del expreso para envalentonarme. En cualquier momento me sacan al aire, el café resulta ser un asco, lo escupo dentro del vasito de cartón y lo dejó sobre un locker abollado, descubro que en el costado sobrevive con descaro una calcomanía del SÍ, el mal gusto vivo de la derecha. ¿Algún resabio de la radioactividad en Chernóbil? ¿Y si dejamos a los rusos fuera de la ecuación y desconfiamos de los gringos? ¿Será un coletazo biológico de la Guerra del Golfo? ¿Y la seguidilla de temblores del mes pasado? Ni hablar del olor fétido que salía después, me dan arcadas de solo recordarlo. Todavía no entra ningún fax o algún mísero cable de los corresponsales extranjeros, de afuera no cae nada y acá, desde el Ministerio del Interior parece que nadie atina. Parece que ahora sí, en cualquier momento —dentro de todo este gallinero de gritos y chuchadas— me sacan al aire. Camino hasta el escritorio mientras tanto, me siento, veo en el monitor que los tiros de cámara apuntan a cualquier lado. Nadie quiere estar aquí, es lógico, todos quieren correr a sus autos o a la estación Salvador y llegar a sus casas lo antes posible, para más remate parece que las líneas están empezando a colapsar. ¿Ahora sí? No, ahora no. No tienen idea estos pobres pájaros en práctica, del editor y del resto de los jefes nadie sabe una puta palabra. Yo también tengo familia y perfectamente podría dejar todo esto tirado y mandarme a cambiar con los míos. Pero sería el colmo, si ya todos se echaron a volar, no seré yo quien desentone. Este es mi Titanic y lo demás, que sea lo que Dios quiera nomás.

Me persigno, a último minuto me cambian la pauta, aparece un editor que, según yo, todavía estaba de vacaciones. Se le nota el efecto Caribe. Viene con un bronceado de impacto y exudando aceite de coco. Me grita que tengo que estar tranquilo, tiene la quijada rígida de puro espanto. ¿O será por otra cosa? No sé si quiere llorar, abrazarme o agarrarme a cachetadas para sacarse el nervio, me aprieta por los

hombros como si estuviera estrujando limones. Los jefes mandan a decir que lea textual, sin saltarme una sola coma. Me ofendo, como es obvio. ¿Qué clase de aparecido creerán que soy? Le digo que se vaya un rato a la mierda, que aprenda a tratar con un profesional y que me deje hacer mi pega. No te lo tomes a mal, estamos todos consternados, aparece el practicante trémulo supliendo al coordinador de piso, saca una voz profunda, que es muy probable que hasta para él haya sido sorprendente de oír, y lanza indicaciones a los presentes. Salimos en veinte. El editor tostado fascinante insiste, dándose mil vueltas en su léxico pobre para que me mantenga fiel al texto entregado. Que no podemos farrearnos la independencia del canal ahora, con los milicos fuera por fin, que sería el acabose sacrificar el pluralismo y el proyecto país que hay detrás de esta nueva etapa por un brote psicótico colectivo. Está a punto de invocar a la patria para darle un aire de gesta a su verborrea. No lo escucho, miro al frente, estamos a dos cámaras, con una basta para el horror que me toca relatar, pero ya está, no pienso venir a dar indicaciones técnicas a último segundo. Salimos en cinco, cuatro, tres, dos, uno… El editor se esfuma tras el teleprónter haciendo algo mortalmente prohibido, enciende un cigarro, presiento que estos papelitos impresos a la rápida contienen una trampa. El flaco pobre ave hace una mímica lerda invitándome a hablar, como si no supiera que estoy al aire.

Era extraño ver perder —aunque fuera por única vez— la compostura acostumbrada con la que Patricio Bañados relataba los eventos de la jornada. Eso que estaba pasando en tiempo real había logrado descolocarlo incluso a él. El hombre ancla de la nueva era de Televisión Nacional de Chile se veía fatigado, como nunca antes pasó con otro conductor.

Los hechos daban para sentirse derrengado, por lo bajo.

El repiqueteo del *EXTRA-EXTRA* sonando como cortina urgente daba algunas pistas al respecto.

No pintaba para nada bien. Las voces disidentes imagi-

naban con nervio la posibilidad de un alzamiento de los milicos.

Pero era peor, sin dudas.

"Buenas tardes a toda nuestra teleaudiencia. Se viven momentos de profundo dramatismo en el país ante esto que podríamos catalogar como un verdadero cataclismo".

Tupido, lee el teleprónter y confirma en la pauta impresa, no entiende por qué la omisión respecto al material que piensan lanzar.

Qué costaba avisarme.

"Nuestros equipos alcanzaron a registrar imágenes del…".

No lo puede creer, queda atónito.

"Del impresionante socavón que ha hecho… ¿desaparecer? Desaparecer, sí… la Plaza Italia y las inmediaciones de la estación Baquedano. ¿Vamos con eso ahora? Sí, adelante con esas imágenes".

¿Será ese el remezón de hace un rato?

Alameda, esquina Vicuña Mackenna. Un reportero desconocido entrevista a una pareja de universitarios, o eso parecen. Lo han mandado a buscar algo de relleno para el noticiero central. Algo sobre dónde y cómo carretean los jóvenes hoy. El reportero en ciernes ya tiene un título para su nota, piensa en bautizarla "Pánico en la disco". No sabe muy bien por qué, pero siente que ese texto pega y congrega bien. Quiere destacar y ascender rápido, y para eso no escatima en escrúpulos tardíos. El reportero tiene la tesis que postdictadura y con la clausura marcial de las Spandex, a la juventud chilena solo le quedan tres niveles para encontrarse: algún bar de Bellavista donde encontrarse con la trova; una disco que otra del barrio alto para bailar empaquetadamente

a Luis Miguel, y con mesurada rebeldía a Soda Stereo; y finalmente, el Fausto, como reducto de la identidad escindida en días de democracia etérea. La intención no estaba mala, no así el título y un resuelto tufillo amarillista en el tratamiento (la diversión nocturna, como caldo de cultivo de adicciones y malos hábitos). Porque así debía ser un buen reportaje de advertencia según los criterios editoriales, criterios paternalistas para que los progenitores no abandonaran a sus hijos entre las oleadas oficiales del VIH-SIDA. Entonces aborda a la pareja de estudiantes pudorosos con la cámara en REC, él responde que Santiago es muerto de aburrido, ella cree lo mismo, hay poca oferta, descontando los lugares diurnos tipo Fantasilandia o los cines. El reportero repara en sus ropas conseguidas en los percheros de Cero90 con intervenciones ingeniosas. Lo mismo hace con el rímel y el gel de ultra fijación. Quiere saber qué música escuchan, ellos acotan que de todo un poco. Esto incluye, según ellos, desde Depeche Mode hasta Madonna y un cruce simpático con Michael Jackson. El reportero tendencioso quiere indagar ahí, nota que hay un gustito especial. Consulta si alguna vez fueron al teatro Esmeralda, ambos se miran dudosos, previo a contestar. Entonces parte el remezón. La gente huye desde el interior del Prosit, abismada con los ecos subterráneos. Y del miedo a los gritos y a echarse a correr como locos por la Alameda cuando la tierra se abre de un solo hachazo. Haciendo sucumbir al general Baquedano y parte de la entrada al metro. Todo se resume en un vendaval de alaridos, de partículas de asfalto levantándose y de locomoción cayendo con estrépito al interior del cráter.

De vuelta en el set, Bañados parece buscar un responsable al desatino exhibido.